

problemas jurídicos civiles «inter partes», a lo que es ajena la Administración, pero en ningún caso la decisión que pueda recaer sobre los mismos tendrá la virtualidad de afectar a la titularidad del asiento registral que la Hermandad posee, único presupuesto legitimador de su solicitud ante la Dirección General de Prensa.

2.—De lo expuesto se deduce que no cabe decir que la actuación administrativa haya dado un carácter político a un problema jurídico. La Administración se ha movido exclusivamente en el terreno de las normas legales, y no le era dable en ningún caso actuar de otro modo, ya que la Hermandad, como empresa periodística inscrita para la publicación del diario «El Alcázar», y en virtud de los derechos derivados de la inscripción, puede legalmente decidir la suspensión temporal de la publicación del mismo y solicitar de la Dirección General de Prensa la adopción de medidas conducentes a la efectividad de su decisión.

3.—Por ello, no es posible afirmar —sin inducir a grave equívoco— que «no se ha esperado a la decisión de ningún tribunal sobre la nulidad o no del contrato», lo que, dentro del ámbito de actuación administrativa de la Dirección General de Prensa dados los términos del planteamiento del tema, no era posible hacer, ni, por consiguiente, aludir a una desposesión de derechos «sin una sentencia judicial firme».

4.—Finalmente, el hecho de que «El Alcázar» volviese a aparecer días después, no supone —como se dice— que haya «un nuevo diario en la calle», sino que la empresa periodística reanudó la publicación del periódico, editado por ella como titular de la inscripción registral, tras cumplir los requisitos legales al efecto.

Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer

He leído este libro, actualísimo y profundo, apasionante y sencillo, en Madrid y en este otoño recién terminado, arriscado y esperanzador a un tiempo, dada la vitalidad que la sociedad española manifiesta actualmente. En el clima de este Madrid preinvernal, estas «Conversaciones de Mons. Escrivá de Balaguer» —celebradas con periodistas de diversos países y reunidas ahora por Ed. Rialp* me han ofrecido, una vez más, el entendimiento radical de la verdadera libertad de la persona fundada en la Redención. Pensaba al ir leyendo el libro, que, en aquellas palabras vivas, incisivas cuando hace falta y cordiales siempre, alienta un mensaje bien antiguo, anticipado a tantas realidades de nuestros días, nuevo y viejo a un tiempo porque no tiene más fuente que el Evangelio y la doctrina de Cristo que atesora la Iglesia.

Muchas de estas palabras, muchas de estas ideas, ya me eran conocidas. Las había leído aquí y allá, se las he oído en distintas ocasiones a su autor, el Fundador del Opus Dei, y, una vez más, he podido comprobar que son las mismas de siempre, adecuadas a cada persona, lugar y circunstancia, pero fruto de una idéntica vocación pastoral y apostólica: «Yo no tuve y no tengo otro empeño que el de cumplir la Voluntad de Dios», que gusta de decir Monseñor Escrivá de Balaguer, para explicar su labor sacerdotal a la que ha dedicado ya casi cincuenta años de su vida.

Entre la paz del libro, su rotunda claridad y su serena confianza en Dios y en los hombres, el lector no tiene más remedio que recuperar apresuradamente el optimismo, que es verdad: siempre hay más detrás de toda apariencia, que

* *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer.* Ediciones Rialp, Madrid, 1968, 181 págs.

merece la pena ir «descubriendo ese *algo divino* que en los detalles se encierra». Que incluso, en las peripecias y tensiones de la vida diaria, puede encontrar el hombre libre, valiente y responsablemente, las metas de su proyecto personal y el camino para la más alta plenitud. Que todos podemos desmentir lo que Baltasar Gracián pensaba cuando decía de Madrid que «honra y ciudad grande muy mal se encuadernan».

Pero, vayamos al libro, que no tiene más propósito que el de aconsejar, urgir a todos a *ser*, y a ser mejores: a servir a Dios y a los hombres, respetando la libertad de todos, porque todos somos hijos de Dios.

«...Es la vida ordinaria el verdadero lugar de vuestra existencia cristiana»

Entrañan estas palabras toda una clave del pensamiento de Monseñor Escrivá de Balaguer, acerca especialmente del perfil cabal que para él tiene la santificación cristiana del hombre de la calle, del cristiano corriente —casado o soltero, hombre o mujer, laico o clérigo, sano o enfermo, pobre o rico, intelectual o artesano. Fueron pronunciadas a lo largo de una Homilía ante cuarenta mil personas llegada a Pamplona para participar en una Asamblea General de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, el seis de octubre de 1967.

El título de esta Homilía, «Amar al mundo apasionadamente» viene a ser un símbolo de la anticipada doctrina del Fundador del Opus Dei, antes vida que especulación teológica, y para la que la puesta a punto del Concilio Vaticano II, no ha supuesto más que una confirmación de lo que hace más de cuarenta años, cuando Monseñor Escrivá de Balaguer comenzaba su apostolado con obreros y universitarios de Madrid, sonaba a muchos como toda una herejía.

«Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa —volvería a repetir en Pamplona en la citada Homilía—: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno (Gen. I, 7 y ss.). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades. No lo dudeis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros».

hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios».

En el contexto de estas palabras anidan las ideas de libertad y responsabilidad ciudadanas, de servicio a los demás, del sentido entrañable de la filiación divina que lleva a descubrir al hombre la oportunidad de santificación propia y ajena en cualquier esquina del camino —del camino propio, personal e intransferible de cada uno—, y, en definitiva, una subrayada conciencia de que el hombre, por ser criatura de Dios, lleva consigo la raíz de su propia y redimida plenitud. Es lo que lleva a exclamar al Gran Canciller de la Universidad de Navarra, como una inmensa llamada —apasionada y urgente, de hermano y de padre a la vez— para que todos, desde cualquier nivel y rincón de su existencia, sientan la responsabilidad de ser lo que cada uno tiene que ser, quiere ser con la ayuda de Dios:

«Por el contrario, debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle *en y desde* las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir».

«...Asumiendo con valentía todas las consecuencias de vuestras decisiones libres»

A la hora de señalar la personal, libre y responsable participación activa de todos los ciudadanos en la edificación de la ciudad terrena, el pensamiento de Monseñor Escrivá de Balaguer es claro y tajante, con la entera rotundidad de las palabras bien enraizadas en la doctrina y en el corazón de aquel que habla:

«Teneis que difundir por todas partes una verdadera *mentalidad laical*, que ha de llevar a tres conclusiones:

a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal;

a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen —en materias opinables—

soluciones diversas a la que cada una de nosotros sostiene; y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas».

Con tales presupuestos, no es de extrañar que en estas «Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer», el Pueblo de Dios, formado por «seres inteligentes y libres, y elevados todos al mismo orden sobrenatural», aparezca perfilado en toda su integridad viva y plural (p. 15); la mujer, esencialmente igual al hombre en su dignidad de persona y de hija de Dios, cobra su más característico papel en aquellos aspectos de la vida familiar y social que le son propios (p. 127); la Universidad, entendida como servicio a la sociedad actual, es entrevista como pieza clave en la lucha por el progreso humano (p. 111), y, el Opus Dei, por último, que es otro de los grandes temas suscitados a Monseñor Escrivá de Balaguer por varias de las entrevistas recogidas en este libro, en boca de su fundador, se nos aparece lisa y sencillamente como lo que es: una asociación de la Iglesia, que no persigue otra cosa que promover la búsqueda de la santidad en el mundo (p. 87), lo cual explica la raíz sobrenatural de su origen (p. 45), su apostolado en los cinco continentes (p. 63) y dado el alto número de hombres que se acercan al Opus Dei, las irrazonables razones de lo que inexactamente se suele llamar éxito (p. 75).

«Hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios»

La figura del presbítero, el pluralismo y la espontaneidad del Pueblo de Dios, la mujer, el problema del número de hijos, la Universidad y el Opus Dei, son los grandes temas globales sobre los que contesta puntual y ampliamente Monseñor Escrivá de Balaguer. Una breve selección de textos sobre algunos de estos aspectos, nos ayudará a abarcar con más exactitud lo que el ilustre interlocutor piensa acerca de los puntos básicos ofrecidos a su consideración en las diversas entrevistas reunidas ahora en un libro que ha de ser de los más leídos en estos meses. Todos los temas, todas las respuestas tienen una extraordinaria unidad: la consideración del hombre como un todo —libre y responsable en sus acciones, hijo de Dios también—, idea que matiza de

modo tan particular el pensamiento de Monseñor Escrivá de Balaguer: ese alma y cuerpo, que él quiere santos y llenos de Dios, que nos sirve de lema para esta parte de nuestro comentario.

El *aggiornamento*, «¿cuál es, a su entender, el sentido verdadero de esta palabra, aplicado a la vida de la Iglesia?

«Fidelidad. Para mí *aggiornamento* significa sobre todo eso: fidelidad... Esa fidelidad delicada, operativa, y constante —que es difícil, como difícil es toda aplicación de principios a la mudable realidad de lo contingente— es por eso la mejor defensa de la persona contra la vejez de espíritu, la aridez de corazón y la anquilosis mental.

Lo mismo sucede en la vida de las instituciones, singularísimamente en la vida de la Iglesia, que obedece no a un precario proyecto del hombre, sino a un designio de Dios... El *aggiornamento* de la Iglesia —ahora como en cualquier otra época— es fundamentalmente eso: una reafirmación gozosa de la fidelidad del Pueblo de Dios a la misión recibida, al Evangelio».

Sobre la base de este principio de fidelidad a una misión —la más alta misión— la vida plural y varia del Pueblo de Dios, se nos aparece en el pensamiento de Monseñor Escrivá de Balaguer como un afán compartido —libre, responsable y en su sitio cada uno— en la tarea común de la misión apostólica única de todo el Pueblo de Dios. Así cobra su pleno sentido una triple idea del Fundador del Opus Dei, clavada como un programa vital, humano y divino a un tiempo, de su predicación y de su ejemplo: la vocación de los laicos consiste en tres cosas: «santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás con el trabajo».

Un trabajo, ocasión como todo puede serlo en la vida del hombre, para la santificación, inspirado desde dentro por una básica formación doctrinal, guiado como y cuando hace falta por la Jerarquía, pero que sólo alcanzará su fruto en la vida social si es ejercido en un clima de libertad y de responsabilidad personal:

«No podemos olvidar que la existencia, también entre los católicos, de un auténtico pluralismo de criterio y de opinión en las cosas dejadas por Dios a la libre discusión de los hombres, no sólo no se opone a la ordenación jerárquica y a la necesaria unidad del Pueblo de Dios, sino que las robustece y las defiende contra posibles impurezas».

Iluminadas por la fe y potenciadas por una rica experiencia personal, las respuestas de Monseñor Escrivá de Balaguer acometen derechamente también otros temas muy varios, casi todos muy debatidos hoy desde las más diversas posiciones.

«Fe, virtud que tanto necesitamos los cristianos..., sin la Fe, falta el fundamento mismo para la santificación de la vida ordinaria».

Así, ante la pregunta acerca de qué rasgo de la figura del presbítero, descrita en el Decreto «*Presbyterorum Ordinis*» acentuaría hoy, contesta:

«Acentuaría un rasgo de la existencia sacerdotal que no pertenece precisamente a la categoría de los elementos mudables y perecederos. Me refiero a la perfecta unión que debe darse —y el Decreto *Presbyterorum Ordinis* lo recuerda repetidas veces— entre consagración y misión del sacerdote: o lo que es lo mismo, entre vida personal de piedad y ejercicio del sacerdocio ministerial, entre las relaciones filiales del sacerdote con Dios y sus relaciones pastorales y fraternas con los hombres. No creo en la eficacia ministerial del sacerdote que no sea hombre de oración».

El tema de la Universidad es abordado en una de las entrevistas recogidas en este libro. Un tema sobre el que caben las más distintas posiciones. Al contestar al periodista, el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, puntualiza expresamente que manifestaba su sola opinión personal; bien es verdad que son los puntos de vista de un universitario egregio que ama apasionadamente la Universidad y que cualquier lector que confíe en las posibilidades creadoras de la Universidad y de la libertad, suscribirá seguramente.

Nos parecen particularmente oportunas las opiniones acerca de la libertad de enseñanza y la autonomía universitaria:

«La libertad de enseñanza no es sino un aspecto de la libertad en general. Considero la libertad personal necesaria para todos y en todo lo moralmente lícito. Libertad de enseñanza, por tanto, en todos los niveles y para todas las personas. Es decir, que toda persona o asociación capacitada, tenga la posibilidad de fundar centros de enseñanza en igualdad de condiciones y sin trabas innecesarias.

La función del Estado depende de la situación social: es distinta en Alemania o en Inglaterra, en Japón o en Estados Unidos, por citar países con estructuras educacionales muy diversas. El Estado tiene evidentes funciones de promoción, de control, de vigilancia. Y eso exige igualdad de oportunidades entre la iniciativa privada y la del Estado: vigilar no es poner obstáculos, ni impedir o coartar la libertad.

Por eso considero necesaria la autonomía docente: autonomía es otra manera de decir libertad de enseñanza. La Universidad, como corporación, ha de tener la independencia de un órgano en un cuerpo vivo: libertad dentro de su tarea específica en favor del bien común.

Algunas manifestaciones, para la efectiva realización de esta autonomía, pueden ser: libertad de elección del profesorado y de los administradores; libertad para establecer los planes de estudio; posibilidad de formar su patrimonio y de administrarlo. En una palabra, todas las condiciones necesarias para que la Universidad goce de vida propia. Teniendo esta vida propia, sabrá darla, en bien de la sociedad entera».

Y por último, el tema tan traído y llevado del número de hijos, aclarado positivamente, valiente y generosamente por la encíclica «*Humanae Vitae*» (25-VII-1968) y al que Monseñor Escrivá de Balaguer, se refirió de modo valiente y generoso en la entrevista que concedió a la revista «*Telva*», publicada en su número de 1 de febrero de 1968.

Sólo unos párrafos nos bastarán para conocer su pensamiento sobre el problema:

«No olviden los esposos, al oír consejos y recomendaciones en esa materia, que de lo que se trata es de conocer lo que Dios quiere»...

«Por encima de los consejos privados, está la ley de Dios, contenida en la Sagrada Escritura, y que el Magisterio de la Iglesia —asistida por el Espíritu Santo— custodia y propone. Cuando los consejos particulares contradicen a la Palabra de Dios tal como el Magisterio nos la enseña, hay que apartarse con decisión de aquellos pareceres erróneos»... «El matrimonio —no me cansaré nunca de repetirlo— es un camino divino, grande y maravilloso y, como todo lo divino en nosotros, tiene manifestaciones concretas de correspondencia a la gracia, de generosidad, de entrega, de servicio»...

«Bendigo a los padres que, recibiendo con alegría la mi-

sión que Dios les encomienda, tienen muchos hijos. E invito a los matrimonios a no cegar las fuentes de la vida, a tener sentido sobrenatural y valentía para llevar adelante una familia numerosa, si Dios se la manda»...

«No es el número por sí solo lo decisivo: tener muchos o pocos hijos no es suficiente para que una familia sea más o menos cristiana. Lo importante es la rectitud con que se viva la vida matrimonial»...

«No ignoro los grandes problemas que aquejan a la humanidad, ni las dificultades concretas con que puede tropezar una familia determinada: con frecuencia pienso en esto y se me llena de piedad el corazón de padre que, como cristiano y como sacerdote, estoy obligado a tener. Pero no es lícito buscar la solución por esos caminos»...

«Y siempre tendría en cuenta que salvarán a este mundo nuestro de hoy, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu y reducirlo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que saben que la norma moral está en función del destino eterno del hombre: los que tienen fe en Dios y arrostran generosamente las exigencias de esa fe, difundiendo en quienes les rodean un sentido trascendente de nuestra vida en la tierra»...

Epílogo para optimistas

«E sempre bene» es una vieja locución italiana, socorrida salida en más de una conversación de circunstancias, pero, que en definitiva, no puede ocultar un viejo regusto cristiano de verdad, una entrañable y eficaz relación con la virtud de la esperanza. Por otra parte, mirar con optimismo el futuro, pensar que las cosas tienen solución, es una prueba concreta de confianza en el hombre, de seguridad en uno mismo que se sabe protagonista de una aventura, divina y humana a un tiempo, que tiene espectadores más allá de las estrellas.

Quizás sea éste —que todo tiene solución— el efecto más inmediato y amplio de la lectura de este libro. Que todo tiene solución, aunque, como en estas páginas se demuestra, haya que caminar —con tesón y con fe— toda una vida a contrapelo, adelantándose a los signos de los tiempos.

Angel Benito

Nixon en la Casa Blanca

Escribimos estas páginas apenas concluidas las elecciones norteamericanas que, de manera completamente inesperada, se han convertido en las más emocionantes desde muchos años atrás.

Tras el frustrado duelo «Nixon-Kennedy», que indudablemente habría despertado las viejas rivalidades de 1960, las elecciones presidenciales perdieron interés. Ambos *tickets* carecían de atractivo. Los dos candidatos a la vicepresidencia —Agnew y Muskie— eran poco menos que desconocidos. Nixon, frío y poco original, tenía en contra a un hombre voluble y, en cierta manera, ingenuo. Si aquél se caracterizaba por una mayor experiencia internacional, Humphrey por el contrario aparecía ante los ojos norteamericanos más humano, más preocupado por los problemas sociales existentes.

A lo largo de la campaña electoral las previsiones estuvieron siempre seguras en favor de Nixon. Esta situación sólo varió en el último momento, con ese titánico *sprint* final de Humphrey que casi llegó a nivelar la balanza electoral.

Este trabajo no pretende analizar las elecciones en sí —apenas nos detendremos sino en mostrar la distribución geográfica del electorado—, pues ya se ha encargado de ello la prensa diaria. Quiere más bien prever, a la luz de la campaña electoral de los diversos candidatos y tomando como base ineludible los resultados, el fundamento y los puntos más importantes de la futura política —interior y exterior— del Presidente Richard Milhous Nixon.

Resultados

El escrutinio de los votos proporcionó unas intermina-